



Sangre mestiza

Participante N.º 190

Per a tu, abuelito.

Ynys Môn¹, Cambria², año 60 d. C.

Dibujo símbolos indescifrables con mis pies descalzos sobre la tierra húmeda. La suave brisa marina que se cuela entre los troncos de los árboles me acaricia el rostro y me estremezco levemente ante su contacto, aunque es un escalofrío más bien causado por la tensión que flota en el ambiente y que parece volverse más y más densa por segundos. No sé cuánto tiempo llevo aquí (bastante, a juzgar por la profundidad de los surcos en la tierra bajo mis pies), pero algo me dice que he de esperar el momento exacto para cambiar de posición.

Un segundo más tarde la brisa transporta la señal que estaba esperando: chapoteos y relinchos de caballos que apenas se distinguen del griterío humano.

Me pongo en movimiento sin pensarlo dos veces. Corro hacia el creciente alboroto, deslizándome entre los árboles como una hoja arrastrada por el viento. Esquivo con una habilidad que roza lo sobrenatural los obstáculos vegetales que se cruzan en mi camino como si una fuerza superior a mí guiase mis piernas, dado que las ramas sobre mi cabeza están tan juntas que sólo los más rebeldes rayos de luz consiguen llegar al suelo, lo cual me impide ver con claridad.

Me planto en un abrir y cerrar de ojos en el otro extremo del bosque con la respiración entrecortada y me resguardo detrás de un tronco de gran diámetro. Con el corazón latiendo al ritmo del batir de las alas de un colibrí por fin asomo la cabeza, y es como si me hubiera puesto unas gafas de realidad virtual.

Los largos cabellos de varias decenas de mujeres ondean tras ellas como estelas de estrellas fugaces mientras sus dueñas corren en dirección al río empuñando antorchas que iluminan la pálida piel de sus rostros en contraste con el negro de sus ropas. Sus ojos están fijos en la orilla opuesta y sus miradas firmes y decididas me indican (a mí y a quienquiera que tenga la mala suerte de tenerlas de frente) que no les asusta lo que tienen delante, que no temen a la muerte, que saben que si perecen en esta contienda serán recibidas con honores en el más allá por haber defendido con sus vidas el territorio sagrado que ahora queda a sus espaldas.

Figuras masculinas de elevada estatura ataviadas con largas túnicas blancas, también a este lado del río, desentonan a primera vista con la imagen cargada de energía en movimiento que transmiten sus compañeras. Al contrario que ellas, estos no se mueven del sitio. Sus pies

¹ Traducción del galés: Isla de Mona. Actualmente, Anglesey (Gales, Reino Unido).

² Nombre clásico de Gales.

desnudos están clavados en el suelo, tan unidos con la tierra como las raíces del árbol tras el que me escondo. Con las manos alzadas hacia el cielo y sus potentes voces entonan cánticos que me hacen pensar en enormes serpientes comprimiendo mi pecho y quebrando mis costillas como si de ramitas secas se tratasen, en olas espumosas que embisten mi cuerpo y me sumergen bajo el agua salada sin darme opción a una última bocanada de vida, en el temblor que sientes en tus huesos cuando un trueno suena demasiado cerca. Toda la fuerza de la naturaleza está concentrada en las ondas sonoras que salen de sus gargantas. La isla y ellos son un solo ser. Sus rostros quedan ocultos por capuchas, pero alcanzo a distinguir largas cabelleras y barbas blancas que se confunden con la tela de sus ropajes. Únicamente uno de ellos empuña una daga, y me recuerda vagamente a Gandalf, a falta de báculo y sombrero.

Esta visión me provoca otro escalofrío y, al parecer, no soy la única.

Al otro lado del río, un ejército compuesto por centenares de hombres, algunos de ellos montados a caballo, detienen su ataque durante un instante casi imperceptible, con las miradas bajo sus cascos cargadas de auténtico terror, como si calibraran en una balanza los costes y beneficios de continuar o abandonar el asalto. Finalmente, deciden que poseen ventaja, armamentística, al menos, y dirigidos por su general marchan hacia el encuentro con las furias, parapetados tras sus escudos y blandiendo largas espadas.

En el preciso instante en que una de las espadas se cobra la primera víctima, el aullido de un lobo que reclama la atención de la luna me obliga a dirigir los ojos hacia el interior del bosque, y es entonces cuando descubro las primeras llamas lamiendo los robles sagrados que en unas horas no serán más que un doloroso recuerdo.



Maol Ceanntìre³, Península de Kintyre, Reino de Dalriada⁴, Caledonia⁵, año 642 d. C.

Una lágrima se desliza por mi mejilla y esta vez no trato de borrar su paso por mi rostro.

Este es mi santuario de la soledad. No me importan los arañazos y rasguños con los que las rocas del acantilado castigan mi ya magullado cuerpo durante el ascenso, porque todo lo que

³ Traducción del gaélico escocés: Mull of Kintyre.

⁴ Reino fundado por la tribu de los escotos, que abarcaba el norte de Irlanda y la costa oeste de Escocia desde la segunda mitad del siglo V hasta mediados del siglo IX.

⁵ Nombre clásico de Escocia.

encuentro en la cima merece la pena. De alguna manera me siento atraída por este punto de la costa, el más occidental de toda la isla. Me gusta que el salitre transportado por el viento se me pegue a la piel y al pelo; es casi como si me encontrara entre las olas. Casi.

Mi padre es pescador y todos los días se adentra en el mar; yo, en cambio, lo tengo prohibido. Por supuesto, eso no es un problema. Las reglas nunca me han supuesto un impedimento. Desde pequeña he aprendido a aprovechar la menor oportunidad para escabullirme de su vista y bucear para admirar la belleza del paisaje submarino, testigo de lo cual es la pequeña concha colgada de mi cuello que se acomoda en el hueco central de la clavícula desde que me alcanza la memoria.

Mi padre dice que la razón de ser de esta norma es que el mar le arrebató a mi madre cuando yo era apenas un bebé. Una corriente la arrastró mientras buceaba en busca de las caracolas con las que tanto le gustaba decorar nuestra casa y las olas nunca nos devolvieron su cuerpo. No quiere que su niña corra la misma suerte. ¿Qué haría sin mí?

Sin embargo, cuando era pequeña la abuela me contaba una historia diferente. Junto al calor del fuego en las tardes de tormenta me confesaba entre susurros que mi madre no se ahogó en el mar, sino que regresó a su verdadero hogar. Y es que ella no era humana; su verdadera naturaleza era la de un ser mitológico: mi madre era una *selkie*.

Los sabios cuentan que las *selkies* son criaturas que sólo pueden abandonar su forma de foca y pisar tierra firme convertidas en bellas mujeres una vez cada siete años, para lo cual deben despojarse de su piel de animal marino y esconderla entre las rocas de la playa. Esto sucede cuando son atraídas por los bailes y celebraciones de las aldeas costeras. En estas ocasiones, tras cantar con su hermosa voz y danzar hasta las primeras luces del alba para seducir a los hombres más atractivos, se apresuran a recuperar su piel para volver a las profundidades del mar con el resto de su tribu. También cuentan las leyendas que si un humano roba la piel de la *selkie*, ésta se verá obligada a contraer matrimonio con él y no podrá regresar al mar hasta que la recupere de nuevo.

Según la abuela, mi padre robó la piel que mi madre había escondido entre las rocas porque así lo pedían sus sensuales movimientos de cadera la noche en que se conocieron. Fue un acto de amor. Se casaron y al poco tiempo nació yo, pero después de todo lo que su hijo había hecho por ella, después de darle una hija y un hogar, ella decidió abandonarnos. Al amanecer del día que siguió a la desaparición de mi madre, los vecinos de la aldea encontraron el interior de nuestra cabaña destrozada. Al parecer, mi madre había arrasado con todo lo que encontró a su paso

hasta que encontró su piel de foca, que mi padre mantenía guardada en un baúl bajo llave (por amor), y se marchó sin mirar atrás.

La abuela siempre me dijo que no me acercara al mar porque mi madre podría estar al acecho en su forma marina y raptarme, o incluso algo peor. Al fin y al cabo, ya me había provocado suficientes desgracias en la vida: me había abandonado para que creciera en un hogar sin una figura femenina y las únicas herencias que me había dejado eran una anomalía en la piel que me provocaba manchas de color morado por todo el cuerpo, las cuales me habían enseñado a cubrir estratégicamente con mi ropa hasta que se tornaban de color amarillo antes de desaparecer, y una especie de membranas entre los dedos de los pies que, por supuesto, también tengo prohibido mostrar ante nadie que no sea de la familia.

Antes me tragaba todos esos cuentos, pero hace tiempo que he dejado de creer lo que oigo y he empezado a prestar atención a lo que me susurra mi instinto. Antes me escapaba de las zarpas de mi padre para buscar a mi madre entre las olas y las rocas, porque mi abuela me había dado la esperanza de que seguía viva. Ahora me doy cuenta de que la gente de la aldea teme a mi padre.

Hoy, cuando por fin me he decidido a contarle la verdad a alguien y me han escupido a la cara que soy un monstruo y una embustera, he decidido subir hasta aquí pensando que sería el lugar apropiado para despedirme.

En efecto, lo es. Estoy harta de vivir entre mentiras y de ocultarme. No quiero esto. Ya no sé cuál es la verdadera historia de mi familia. Sólo sé que mis moratones no aparecen por arte de magia y que nadie va a salir del mar para salvarme. Llevo un par de años observando desde este acantilado la isla de la que no hace tanto tiempo emigraron mis antepasados. Es perfectamente visible los días sin niebla, así que no puede estar muy lejos. Formulando las preguntas correctas a la gente adecuada he averiguado muchas cosas sobre ella y sobre cómo llegar hasta allí. Sólo estaba esperando una razón más para marcharme y ahora me doy cuenta de que la razón ha estado siempre delante de mis narices, conviviendo conmigo bajo el mismo techo. Él es el monstruo, no yo.

Emprendo el descenso dispuesta a escapar de los puños de mi padre de una vez por todas. Sonríe cuando me pincho con las espinas de un cardo. Esta planta es tan indomable como yo.



Abadía de Bangor, Bangor⁶, Provincia de Úlster⁷, Hibernia⁸, año 824 d. C.

—¿Esto es todo lo que tienes para mí?

Estoy empapada en sudor y mis músculos entumecidos me suplican un descanso, pero ni se me pasa por la cabeza pedirlo. No. Me levanto y vuelvo al ataque alzando mi espada de madera en un acto prácticamente reflejo. Mi cuerpo conoce tan bien los movimientos de combate que los llevo a cabo sin pensar.

Mi mejor amiga contraataca sin compasión. No está muy claro si me siguió ella a mí hasta aquí desde nuestra aldea noruega o si fui yo la que la siguió a ella. Lo que sí está claro es que mi hermano pequeño nos siguió a ambas. Nos complementamos a la perfección: Erika y yo somos guerreras y mi hermano es aprendiz de constructor de barcos o, básicamente, experto en crear cualquier cosa a partir de un pedazo de madera. Esto significa que él nos fabrica bonitas armas y nosotras nos preparamos para la batalla.

—Te lo digo en serio, hasta tus hermanas lo harían mejor —me provoca.

—Lo dudo bastante —respondo inclinándome para recoger el escudo, que ha salido despedido de mi mano—. Una vez vi tropezar a Astrid con un hilo que había en el suelo.

Erika responde a mi comentario con una carcajada que ilumina nuestro improvisado campo de entrenamiento. Vuelve a la carga, pero esta vez estoy preparada y esquivo su espada a tiempo.

Siempre ha sido así. Nosotras entrenamos hasta que el sol desaparece por el horizonte, mis hermanas tejen complicados dibujos en un telar que ha pertenecido desde hace generaciones a las mujeres de mi familia, mi hermano se astilla los dedos creando cualquier cosa que le encarguen y nuestros padres mantienen la granja. Nosotros tres somos los únicos que dejamos atrás la aldea arrastrados por la adrenalina de la guerra, a la que somos adictos. No sé si volveré a ver al resto de mi familia en este mundo, pero no me importa, porque Odín conduce a sus hijas e hijos a la guerra y yo obedezco orgullosa.

Este asalto se me está dando mejor que los anteriores. Erika lo nota y redobla sus esfuerzos, pero no son suficientes, porque con un golpe seco de mi escudo que le va a dejar las costillas doloridas durante los próximos días la mando contra lo que queda del muro de piedra del monasterio que atacamos hace unas semanas. Mis labios se curvan hacia arriba en una sonrisa

⁶ Ciudad actualmente perteneciente al Condado de Down (Irlanda del Norte, Reino Unido).

⁷ Una de las cuatro provincias históricas en que se divide la isla de Irlanda.

⁸ Nombre clásico de Irlanda.

feroz al recordar cómo chillaban y corrían asustados los monjes antes de ser alcanzados por nuestras hachas, cómo su sangre me empapaba el pelo y me chorreaba por las mejillas. Nada sabe mejor que la sangre caliente de los traidores a los dioses verdaderos.

–Oye, no sabía que hubiera águilas en esta isla –resuella Erika señalando un punto sobre mi cabeza.

Mis ojos siguen la trayectoria de su índice y me arrepiento al instante. La empuñadura de la espada que mi hermano talló con tanto esmero impacta contra mi ceja derecha, que empieza a sangrar profusamente, y el líquido caliente me entra en el ojo, cegándome momentáneamente. Ha jugado sucio y no se muestra para nada sorprendida cuando le lanzo a la cabeza la espada de madera y saco de mi cinturón el hacha que ella misma ha afilado esta mañana, acompañando el rápido movimiento con un sonido gutural que se escapa entre mis dientes apretados.

–¿Quieres jugar? –pregunta.

–Quiero ganar.

Sabe que siento debilidad por Freya, como indica el dibujo en forma de alas tallado en la parte inferior de mi escudo, ya que el águila es el animal en el que se transforma la diosa cuando se cubre con su manto de plumas para salir de su morada en Asgard, y se ha aprovechado de ello para distraerme. Me conoce demasiado bien.

No tolero que se burlen de mí, y se lo demuestro girando sobre mí misma, derribándola con una certera patada en las rodillas y deteniendo el filo de mi hacha a escasa distancia de su cuello. Nuestras miradas se encuentran y la suya irradia orgullo.

–¿Suficiente por hoy? –pregunto con el ceño fruncido mientras le ofrezco mi brazo.

–Te reto a lo que quieras en cuanto coma algo –gruñe dándose palmaditas en el vientre tras levantarse del suelo–. Ganar siempre me deja con hambre.

–Más quisieras –contesto mientras echamos a andar hacia el campamento, donde espero que haya algo sabroso asándose al fuego–. Lo único que te vas a comer esta noche son las piezas del Hnefatafl⁹.

–No creo que a tu hermano le haga mucha gracia. Las terminó de tallar ayer.

⁹ Juego de mesa de origen nórdico similar al ajedrez.

Nuestras risas nos acompañan el resto del camino y continúan largo rato después de que los últimos rayos de sol hayan desaparecido sustituidos por el suave resplandor de la luna.



Isla de Athelney¹⁰, Somerset, Reino de Wessex¹¹, año 878 d. C.

Me encuentro removiendo distraídamente los troncos de la hoguera con una vara de hierro mientras trato de asimilar la información que llega a mis oídos. Varias chispas salen despedidas de las brasas que acabo de golpear y van a parar a las plantas de los pies descalzos del hombre repantigado a mi lado, que gruñe y me mira con cara de pocos amigos; el resto desaparece al rozar la piel del dorso de mi mano y me preparo para sentir la picante sensación de las quemaduras, pero ésta no llega.

La oscuridad de la noche abraza con sus fríos brazos al grupo reunido en el suelo alrededor del fuego. Todos son varones, de edad y aspecto muy variado, excepto yo, aunque parece que nadie se da cuenta, tal vez debido a que llevo el mismo tipo de indumentaria que ellos, el cabello corto y el rostro mugriento. Algo me dice que no sería bienvenida entre ellos si supieran que soy una mujer; probablemente pensarían que soy una espía y me torturarían para intentar sacarme una verdad que no poseo.

Si he oído bien, nos hallamos en las marismas de Somerset, donde el rey Alfredo y sus soldados más leales llevan refugiados unas semanas con el propósito de construir una fortaleza y reclutar hombres para el ejército que le será necesario para derrotar a los daneses, que bajo el mando del rey Guthrum han vuelto a la carga tras unos años de calma. Calculan que para la séptima semana después de la Pascua estarán preparados para hacer frente a los hombres del norte.

Los daneses llegaron por primera vez a Wessex en el 780 y el año que le siguió fue conocido como “el año de las batallas de Alfredo”, aunque éste no fue coronado rey hasta después de la muerte de su hermano, el rey Aethelred I, que pereció en la batalla de Marton, el 23 de abril de 871. No mucho después de cumplir los veinte años, Alfredo se encontró a la cabeza de un reino

¹⁰ Actualmente, Athelney (condado de Somerset, Inglaterra, Reino Unido). Zona conocida con este nombre debido a que antiguamente este terreno formaba una pequeña isla a causa de las marismas y pantanos por los que se encontraba rodeada.

¹¹ Uno de los siete reinos anglosajones principales en los que se dividía la actual Inglaterra, situado al suroeste de la isla.

que ya había sido gobernado por su padre y sus tres hermanos mayores, ninguno de los cuales estaba ya a su lado para ofrecerle consejo. Por improbable que pareciese que Alfredo llegara a ser rey, dado que era el menor de cuatro hermanos varones, se podría decir que estaba destinado a ello: cuando tan solo contaba con cinco o seis años, su padre, el rey Aethelwulf, lo llevó de peregrinación hasta Roma y el Papa León IV lo ungió como rey ante los ojos de Dios.

Con las caras apenas iluminadas por el leve fulgor de las llamas, ahora los hombres están intercambiando los últimos rumores que sobre el rey circulan en los mercados y en las tabernas de diversos pueblos de los alrededores y que recopilan cuando salen en busca de más voluntarios que se unan a la resistencia. Aparto a un lado la vara de hierro cuando considero que los troncos arden en la posición correcta y trato de prestar atención a la conversación. Algunas de estas historias me resultan vagamente familiares, aunque no sé por qué, como una canción que no puedes dejar de tararear en tu cabeza pero cuya letra no consigues recordar.

—El hijo del posadero me dijo que uno de sus parroquianos había contado a todo aquel que quisiera escucharle que una fuente de confianza le había dicho que el mismísimo rey Alfredo en persona había conseguido infiltrarse en el campamento de los daneses —dice un hombre de cara redonda y pelo y barba de color pajizo—. Cuando le preguntaron cómo había conseguido que no lo reconociesen dijo que se había hecho pasar por un arpista. No pudieron sonsacarle más información porque se quedó dormido sobre su jarra.

Los demás estallan en carcajadas.

—Mucho mejor es la historia que oí que le contaba la mujer del puesto de pasteles a su hija —dice un muchacho sentado entre dos hombres tan corpulentos que le hacen parecer más escuálido de lo que es—. Le decía que un día, cuando el rey huía de los hombres del norte, cansado, perdido y vestido con harapos, se encontró llamando a la puerta de la casa de una mujer que estaba cocinando pasteles. Ésta se apiadó del pobre hombre sin adivinar su identidad y dejó que la ayudase a hornear los pasteles a cambio de algo de comida y refugio. La mujer se ausentó un momento y al regresar se encontró al rey tratando inútilmente de salvar los pasteles que había quemado, probablemente a causa de su inexperiencia en tales labores. La mujer, enfadada, le golpeó, y el rey no opuso resistencia alguna, pero en ese preciso instante el anillo real que éste había heredado de su difunto hermano captó la atención de la pastelera, que inmediatamente, siendo consciente de la gravedad de sus actos, cayó arrodillada ante el rey pidiendo clemencia. Ante esta reacción, el rey le respondió que todos los hombres merecen

recibir el mismo trato ante los mismos hechos, por lo que si el castigo de un aprendiz hubieran sido los golpes, él también era merecedor de ellos.

—Supongo que de esta forma la madre intentaba conseguir que su hija ayudara con los pasteles sin rechistar —comenta el hombre corpulento situado a su derecha.

—Y que no se quejara tampoco si le caía algún golpe, dado que el propio rey había sufrido el mismo destino sin protestar —añade el muchacho.

A esto le siguen un montón de comentarios que halagan la figura del rey, que estos hombres tienen en tan alta estima, pero a mí me cuesta seguir el hilo de la conversación. Empiezo a sentir un ligero mareo y sólo alcanzo a distinguir fragmentos de lo que dicen.

—A pesar de tener una salud tan débil, incluso los rumores sin sentido destacan su humildad, su inteligencia... —señala una voz áspera cuya procedencia no consigo ubicar.

Me empieza a fallar la visión. Quizá haya permanecido demasiado tiempo inclinada sobre el fuego y me haya intoxicado con el humo.

—... reformas militares, legales y administrativas...

—... fusión de las culturas sajonas, danesas y escocesas. Las riquezas que aportaría el conocimiento de...

Llegados a este punto, la euforia colectiva y la admiración que sienten por este hombre junto al que están dispuestos a morir me contagian y con los ojos cerrados consigo a duras penas levantar el puño y unirme a ellos balbuceando unas palabras que llegan a mis oídos amortiguadas como si estuvieran envueltas por una capa de algodón:

—¡Larga vida al rey Alfredo! ¡Larga vida al rey Alfredo!

Algo blando y con olor a detergente impacta contra mi cara y una voz aguda con un marcado acento de Oxford me acaba de arrancar de los brazos de Morfeo.

—¡Despierta, idiota! —gruñe mi compañera de habitación, que ya vestida y maquillada abre mi armario y hurga entre mi ropa en busca de algo presentable—. Si no te das prisa, llegaremos tarde. ¿Hasta qué hora te quedaste estudiando anoche?

Ignoro la pregunta, ocupada como estoy despegando con cuidado una de las páginas del manual de la asignatura *The History of the British Isles* de mi mejilla. Me masajeo el cuello dolorido.

–¿Qué hora es? –pregunto con voz ronca–. Estaré lista enseguida.

–Ya te puedes meter en la ducha volando.

Espera un segundo, ¿volando?

–¡Mierda! Tengo que preparar mi maleta. Había olvidado que después del examen me voy directa al aeropuerto.

Me levanto de golpe de la silla en la que he pasado la noche, ya completamente despierta.

–¿Vas a Madrid a ver a tus padres?

–No, no. Voy a Dublín a ver a mi abuelo –le respondo distraídamente al tiempo que entro en el cuarto de baño dando saltitos mientras me quito los pantalones del pijama. Antes de cerrar la puerta, cojo aire y pongo mi mejor expresión de cordero degollado–. Y, por fa, ¿podrías...?

–Sí, ya te estoy haciendo la maleta –suspira poniendo los ojos en blanco, pero sin poder ocultar una sonrisa.

–Gracias. ¡Te debo una!

–Pues la próxima vez que sueñes con Alfredo el Grande agrádecele de mi parte sus hazañas, y dile que si se hubiera limitado a quedarse quietecito en su castillo estudiando latín, los ensayos que nos mandan escribir sobre él no serían tan largos. –Y añade entre risas, por si no me había quedado claro que he estado hablando en sueños–: *Long live the king!*



Trinity College, Dublín, Condado de Dublín, República de Irlanda, en la actualidad

Cuando era pequeña y le preguntaba al abuelo, “Abuelito, cuando muera, ¿qué haré en el Cielo?”, él siempre me respondía, “Patinar sobre hielo”, y yo me partía de risa imaginándome haciendo piruetas sobre una pista de patinaje acompañada por toda esa gente de las fotos en blanco y negro de las cajas del desván.

Vengo de visita tantas veces como mi exigente horario me lo permite y me uno a los paseos diarios del abuelo por su querido campus. Ha sido profesor de Historia en esta Universidad más

años de los que puedo contar y ahora es feliz recordando aquellos tiempos, aunque continúa escribiendo y dando conferencias de vez en cuando.

Resulta curioso que él sea una eminencia en Irlanda y que tanto yo como mi padre, aunque también estudiamos Historia, nos decantáramos por la Universidad de Oxford. Mi padre lo hizo por llevarle la contraria al suyo y yo, bueno, porque me gusta demasiado la nación que se paraliza a la hora del té.

El abuelo me pregunta por el examen de esta mañana, pero lo que a mí me interesa es contarle la peculiar interpretación de los hechos históricos realizada por mi subconsciente, lo cual le describo con todo lujo de detalles.

Al finalizar mi monólogo, el abuelo curva los labios formando una sonrisa que le llega hasta los ojos cuyo color compartimos.

—¿Sabes por qué has soñado esas cosas? —pregunta tras un minuto de cómodo silencio—. Porque todas esas culturas están vivas en ti, en tu sangre, una sangre mestiza y, por ello, rica. ¿Padre irlandés y madre inglesa? —ríe—. Lo que me extraña es que los normandos no se unieran a tu fiesta. Escucha, Ynys —me dice, deteniéndose y colocando las manos sobre mis hombros.

—Sí, abuelo.

—Lo que está haciendo tu subconsciente es recordarte que nunca debes olvidar quién eres, lo que implica saber de dónde vienes y cómo llegaste hasta aquí. Esa es la razón por la que estudiamos la Historia. Tú eres las cuatro chicas de tu sueño y mucho más: eres valiente como la reina Boudica, tenaz como la tribu de los pictos, indomable como una guerrera vikinga, astuta como Alfredo el Grande... El pasado conforma nuestra identidad.

Nos ponemos en marcha de nuevo y nuestra conversación salta de un tema a otro sin control, desde los más serios hasta los más banales. Más tarde, cuando noto que el abuelo necesita agarrarse de mi brazo para descargar parte de su peso en mí y emprendemos el regreso a casa, evocando nuestra vieja costumbre, pregunto:

—Abuelito, cuando muera, ¿qué haré en el Cielo?

—No sé, pero adonde yo vaya espero que haya té —responde esta vez, y no sé si lo dice en serio.

Sonrío mientras dejamos atrás el campus donde él ha vivido su pasado. No sé a dónde iré yo cuando muera, pero me gusta pensar que será un lugar en el que poder charlar y pasear con el abuelo apoyado en mí hasta el fin de los tiempos.

BIBLIOGRAFÍA

ACTUALIDAD VIAJES (8 de noviembre, 2016). *Isla Anglesey, la isla de los Druidas*. Recuperado de <https://www.actualidadviajes.com/isla-anglesey-la-isla-los-druidas/>

HEATHER, P. (2010). Emperadores y bárbaros: El primer milenio de la historia de Europa (Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda-Gascón, trad.). En *Francos y anglosajones: ¿transferencia de élites o völkerwanderung?* (pp. 309-384). Barcelona: Crítica.

KINGSHILL, S. & WESTWOOD, J. (2009). The Lore of Scotland: A guide to Scottish legends. En *Orkney & Shetland Islands* (pp. 404-405). London: Random House Books.

LOGAN, F. D. (2014). Los vikingos en la historia. (Clara Huarte, trad.). En *Las primeras incursiones en las Islas Británicas y sus consecuencias* (pp. 47-67). México: Fondo de Cultura Económica.

MONAGHAN, P. (2004). The Encyclopedia of Celtic Mythology and Folklore. En *seal* (pp. 411-412). New York: Facts On File.

NATIONAL GEOGRAPHIC ESPAÑA (05 de marzo, 2014). *Los vikingos desembarcan en Inglaterra*. Recuperado de https://www.nationalgeographic.com.es/historia/actualidad/los-vikingos-desembarcan-en-inglaterra_8035

NATIONAL GEOGRAPHIC ESPAÑA (13 de junio, 2017). *4 mitos acerca de los vikingos*. Recuperado de https://www.nationalgeographic.com.es/historia/cuatro-mitos-acerca-de-los-vikingos_8822

NATIONAL GEOGRAPHIC ESPAÑA (18 de octubre, 2018). *La rebelión de la reina Boudica contra Roma*. Recuperado de https://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/rebelion-reina-boudica-contra-roma_13179/1

NATIONAL GEOGRAPHIC ESPAÑA (19 de mayo, 2017). *Los vikingos en Inglaterra, la guerra entre sajones y daneses*. Recuperado de https://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/los-vikingos-en-inglaterra_6765/1

NATIONAL GEOGRAPHIC ESPAÑA (31 de enero, 2017). *La defensa de Britania por las legiones romanas*. Recuperado de https://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/legiones-romanas_7760

RIVERO TARAVILLO, A. (08 de febrero, 2019). Viaje a las raíces de la Inglaterra del 'Brexit'. *Letra Global*. Recuperado de https://cronicaglobal.elespanol.com/letra-global/el-dossier/viaje-raices-inglaterra-brexit_218952_102.html

ROYAL HOUSEHOLD AT BUCKINGHAM PALACE (05 de febrero, 2019). Alfred 'The Great' (r. 871-899). *The Royal Family*. Recuperado de <https://www.royal.uk/alfred-great-r-871-899>

TÁCITO, C. (1980). Anales: Libros XI–XVI (José L. Moralejo, trad.). En *Libro XVI*, 29-30. Madrid: Gredos.

THE EDITORS OF ENCYCLOPAEDIA BRITANNICA (07 de junio, 2013). Isle of Anglesey. *Encyclopædia Britannica*. Recuperado de <https://www.britannica.com/place/Isle-of-Anglesey>

UNIV, UNIVERSITY COLLEGE OXFORD (14 de julio, 2015). *King Alfred and Univ – part I*. Recuperado de <https://www.univ.ox.ac.uk/news/king-alfred-univ-part-1/>

UNIV, UNIVERSITY COLLEGE OXFORD (14 de junio, 2015). *King Alfred and Univ – part 2*. Recuperado de <https://www.univ.ox.ac.uk/news/king-alfred-univ-part-2/>

URIBE, D. Historia de las naciones con Diana Uribe. *Historia de Inglaterra – Cap. 01 – Introducción: Mitología e Historia de los Celtas* [Audio en podcast]. Recuperado de https://www.ivoox.com/diana-uribe-historia-inglaterra-cap-audios-mp3_rf_2338774_1.html

URIBE, D. Historia de las naciones con Diana Uribe. *Historia de Inglaterra – Cap. 02 – Stonehenge, Normandos, Germanos y Daneses* [Audio en podcast]. Recuperado de https://www.ivoox.com/diana-uribe-historia-inglaterra-cap-audios-mp3_rf_2338922_1.html

VELASCO LAGUNA, M. (2012). Breve historia de los vikingos. En *El legado vikingo* (pp. 295-304). Madrid: Nowtilus.

VILLATORIO, M. P. (08 de enero, 2019). Anglesey: cuando la legión romana XIV Gemina aplastó una secta renegada de druidas y brujas en Britania. *ABC Historia*. Recuperado de https://www.abc.es/historia/abci-anglesey-cuando-legion-romana-gemina-aplasto-secta-renegada-druidas-y-brujas-britania-201701040145_noticia.html

WHITELOCK, D. (01 de enero, 2019). Alfred. *Encyclopædia Britannica*. Recuperado de <https://www.britannica.com/biography/Alfred-king-of-Wessex>